á descansar; y si mucho siente su ausencia, consuélese; que presto le irá á ver: pues nuestros dias tan cortos son, y tan poca ventaja nos llevamos en el morir, entienda que el Señor se lo llevó porque estaba bien aparejado, y á Vm. dejó para que bien se aparejase.

Y pues en el estado de casada sirvió á Dios en alegría, sírvale en la viudez en paciencia y trabajos; que si allí ganaba treinta, aquí sesenta, y tendrá una vida, si no sabrosa, á lo ménos provechosa para purgar sus pecados, para imitar al Crucificado, y para ganar de verdad su reino. Y para esto debe pedir gracia al Señor con oraciones y lágrimas, y debe usar leer algunos libros devotos, y recibir al celestial pan del santísimo Sacramento, y levantar su corazon caido, y caminar; que para llegar al cielo, largo camino le queda; y si allá ha de entrar, no será este el postrero trabajo que ha de pasar; porque es de tanto valor la joya que espera, que es Dios, que por mucho que cueste, nunca fué cara; y pues Vm. la ha de haber, gócese con la esperanza, y no se queje con el trabajo; mas diga: Tanto es el bien que espero, que no siento los males que tengo: todo lo cual haga Jesucristo en Vm., amen, como yo se lo suplico y deseo.

CARTA XLIV.

A una señora que se le habia muerto su marido, comendador: consuélala, y dícele lo mucho que aprovechan los trabajos á quien bien los sabe llevar.

La gracia y consolacion del Espíritu Santo sea siempre con Vm. Muchas gracias sean dadas á Jesucristo por todo lo que ha hecho y hiciere, pues que es justo en todos sus caminos, y santo en todas sus obras. No plega á su misericordia que otra cosa diga nuestra boca ni sienta nuestro corazon, sino confesar que es bien hecho todo lo que hace, aunque, segun el parecer de los que poco saben, otra cosa parezca; del número de los cuales deseo que Vm. no sea, y confío en la misericordia de Dios que no será; mas que le dará gracia para que por muchas tempestades que combatan su ánima de las presentes y de las que por venir se le representan, y la traerán turbada á una parte y á otra: no quite sus ojos de Dios y de su santa voluntad, que es el norte al cual hemos de mirar en la noche y mar de aqueste mundo, para aportar al puerto de salud, que no tiene fin.

¡Oh señora, y si mirásemos las cosas como cristianos que por ser discípulos de Cristo habemos de conocer la verdad, y no como hombres sin luz que lloran de lo que han de gozar, y rien de lo que han de llorar, cuán claramente veriamos que hace Dios merced, y mucha, al que de este destierro lo saca, y con lo que decimos muerte da fin á nuestros trabajos y á sus ofensas! Oh vida tan falsamente dicha vida, pues tantos trabajos y muertes engendras de cuerpo y ánima! ¿Y qué diré de tu engaño? Que si quien vive tiene trabajos, la misma vida le es muerte, y le es ocasion de impaciencia y de otros pecados; y si siente prosperidades, hácese vano y olvidadizo del dador de la vida; y esta es muerte, aunque tenga nombre de vivo. ¿Pues por qué habia de ser amada una cosa que cuanto mas próspera viene, tanto mas debe de ser temida? Bienaventurado aquel que ha escapado de tus lazos, que en todos los momentos y negocios tienes armados, no para llevarnos oro ó plata, mas para cazar nuestras ánimas, mas valerosas que oro ni plata; y son tales y tan sutiles, que ninguno por tí pasa sin ser enlodado, y tanto, que contar diez años de vida, no es sino contar diez años de caidas y engaños y trabajos que, hemos vivido. ¿Pues qué remedio para no caer en tus lazos? Por cierto Dios lo da cuando nos saca de tu jurisdiccion tan trabajosa y cruel, y nos pone adonde no sintamos tus combates ni alteraciones; mas libres de tu yugo hagamos gracias al que quebrantó nuestras cadenas y nos dió libertad.

No llore pues Vm. la muerte á solas; llore la vida, y dé gracias á Dios que la haya medio librado de aqueste cieno, y la librará, cuando él sea servido, del todo. Digo medio librado, porque el marido y la mujer una cosa es, y lo medio de Vm., que está fuera de aqueste mundo, está bien y en libertad; y lo medio, que es Vm., está acá en cautiverio y miseria. Y si bien siente cuán miserable cosa es vivir aquí, suplicará de corazon á nuestro Señor que lleve presto la parte de acá con la de allá, donde juntas y enteras dén gracias á Dios por haberlas librado de muerte, y puéstolas en el abismo de la vida, que es Dios. No esto por impaciencia ó por desesperacion, mas por deseo de no dar mas enojos al que merece servicios, y por deseo de ver al que es toda luz y hermosura. ¡Oh luz que alegras á los que te ven, y así alegras, que ningun rincon dejas en ellos sin alegría! ¿y cuándo gozarémos de tu hermosura? Que otra no sea nuestra comida, ni habla, ni riqueza, ni deleite, ni vida, sino ver á tí y gozar de tí, vida, manjar, tesoro, gozo y todo nuestro bien. ¿Qué nos detiene de ver esta deleitable vision? ¡Oh si pluguiese á tí que por amor de tí se nos tornasen amargos todos los placeres presentes, y nos fuesen dulces los trabajos de acá, porque son camino muy cierto para tí, pues tú fuiste aquí tan abundante en trabajos, y así entraste en tu gloria!

Señora, abramos los ojos y no queramos engañar á sabiendas á nosotros mismos, pues la verdad de Dios nos desengaña, que dice que por tribulaciones hemos de ir al descanso. Y no seamos como siervos mal criados, que cuando no se hace como ellos quieren, murmuran de su señor; mas fiemos del amor con que Dios nos ama, y diga la carne flaca lo que dijere, que la verdad es esta, que lo que Dios ha hecho en llevar al señor Comendador, que sea en gloria, ha sido muy bien hecho para él y para Vm.: para él, que pues él vivió y murió como cristiano, de creer es que Dios le dará galardon como á buen cristiano; y si no le da luego el galardon de cristiano perfecto, que es ver á Dios, á lo ménos tendrá galardon de cristiano pecador y arrepentido, que es purgatorio, donde hay certidumbre de ver á Dios. Y verdaderamente creo que si oyésemos su ánima, nos diria: ¿Por qué me llorais, pues yo estoy contento con lo que Dios de mí ha hecho? ¿Qué teneis bueno en esa vida, en la cual me queriades? ¿Hay otra cosa á que me podais convidar sino á dolores, enfermedades, miserias de cuerpo y de ánima? Baste lo pasado, y sea bendito el que de ello me sacó: no lloreis á mí, mas temed vuestra vida, y hacedla tal, que merezcais ser presto sacados de ella y gozar de la de acá.

Estas cosas, señora, aunque otros no las creyesen, es razon que Vm. las crea, pues fué testigo de su largo purgatorio que en su enfermedad tuvo, y con tanta paciencia, que no solo yo, mas cuantos le veian, daban gracias á nuestro Señor. Y pues Dios no castiga una cosa dos veces (*Nahum*, 1, 9), razon es que esperemos que

Dios será padre de consolacion en el otro mundo, á quien en este fué padre castigador. Mas ya veo que Vm. dice que no duda en esto, sino que la pena que tiene es porque queda ella acá entre tantos trabajos: á lo cual digo que el mayor consuelo de quien ama, es saber que le va bien á quien ama, aunque á él vengan trabajos; y pues así es, Vm. debe tener esto por grande ganancia, pues fué para provecho de quien amaba; y si bien quiere mirar, hallará que aunque le dejó nuestro Señor entre muchos trabajos, todo es para su provecho, pues á quien mas trabajare, mas galardonará; y si se siente flaca para ellos, sea su fiucia en aquel que tanto mas favor de secreto da, cuanto mas parece que quita en lo público. No está nuestro arrimo en carne ni sangre, que ya vive, ya muere; mas en Dios vivo, librador de los que en él tienen esperanza, aunque todos los demas les falten; y si los fingidos amigos nos faltaren en las necesidades, no desmayemos; mas creamos que en lugar de todos y por todos basta y sobra este tan fiel, que miéntras tuviéremos esperanza y amor en él, no nos dejará; y aunque otra ganancia no se saque de las tribulaciones sino ir mas veces á Dios que íbamos de ántes, no es pequeña merced, pues de la comunicacion de Dios tanto bien nos viene.

Estas sean las armas de Vm. en todas las guerras que le vendrán; este es el consejero en todas sus dudas; este su consuelo en todas sus angustias; este su provisor en todas sus necesidades; su amigo, pariente, padre, marido y todo su bien. Y tenga una cosa por cierta, que no para otro fin le quita delante estas cosas, sino para que tome á él en lugar de ellas; y tanto mejor le irá á Vm. con él que con ellas, cuanto va de él á ellas. Solamente ella vaya á él, y con esperanza de su misericordia; que ántes faltará agua en la mar y luz en el sol, que misericordia en él para el corazon quebrantado y humillado. Y si Vm. quiere aprovecharse de Dios y recibirle, pues él se quiere dar, yo sé que ántes le dará gracias por lo que le ha enviado, que quejas. Recoja su corazon á Dios, y encomiéndese á él con todas sus cosas; hágase dura para los trabajos, pues el delicado Hijo de Dios tantos trabajos tomó por nosotros; y cuanto mejor rostro les hiciere, mas lijeros le serán de sufrir; y cuando mucho fatigaren, váyase á Jesucristo, y piense en el agonía que tuvo en el Huerto y en la palabra que dijo al Padre (*Luc.* 22): No mi voluntad, sino la tuya, sea hecha; y esta misma diga Vm. con el corazon y la boca lo mejor que pudiere.

Y si considerare que esos trabajos no se los dió otro sino la bendita mano de Dios, creo que no le serán graves de sufrir; mas que le diria: Señor, pues tú me los envias, yo los recibo; que no es razon que sea tan mal criada, que torne yo la cara á cosa por tí enviada. Y pues los trabajos que un ministro de Dios nos pone en penitencia, los sufrimos de buena gana, ¿por qué no de mejor los que Dios nos envia, aunque sean mayores, pues él es mayor? No durará para siempre, ni andarémos siempre debajo la vara del castigo de Dios: dia vendrá en que arroje la vara y enojo, y nos abrace como á hijos queridos; y tanto mas le serémos aceptos, cuanto mejor rostro y paciencia mostráremos entre los castigos: poco es el trabajo que envia en comparacion del galardon que á quien lo sufriere dará; y pues á los mas trabajados mas descanso se dará, merced hace miéntras mas envia, no mala obra.

Seamos varoniles en el sufrir, seamos hijos verdaderos en el obedecer; que Dios será abundante en el galardonar, y hará verdaderas las promesas que en su nombre, á los que sufren tribulaciones con paciencia, promete. Aquel Señor, que es padre de consolacion, y sabe y puede y quiere confortar y consolar los corazones de los que á él se encomiendan, dé á Vm. su favor y consuelo, pues que la Escritura dice (*Oseæ*, 6) que Dios hiere, y sus manos dan salud; y el que da la llaga, da la medicina. A él se dén gracias y alabanzas siempre, y en todas las cosas, y en todos los lugares del cielo y de la tierra. Amen.

TRATADO CUARTO.

PARA CABALLEROS SEGLARES Y SEÑORES DE TÍTULO, Y UNOS DISCÍPULOS SUYOS.

CARTA PRIMERA.

A un señor de estos reinos: trata del conocimiento de Dios y de sí mismo, y gobierno con sus vasallos.

La paz de nuestro Redentor Jesucristo sea con vuestra muy ilustre Señoría. Dos cosas pedia en el tiempo pasado el bienaventurado S. Agustin á nuestro Señor, diciendo: Dame, Señor, que me conozca y te conozca. Cosas son dignas que todos las pidamos y que ninguno esté sin ellas, si no quiere estar sin salud. Dos partes tenia el templo de Salomon, y ambas eran santas; aunque la una era mas santa, la ménos santa era camino para la mas santa. La primera es el conocimiento de sí mismo, que es cosa por cierto santa, y camino para el *Sancta Sanctorum*, que es el conocimiento de Dios, donde el Señor responde á nuestras preguntas, y remedia nuestras necesidades, y hallamos una fuente de vida; porque esta es la vida eterna, dice el Señor, que conozcan á tí y al que enviaste, Jesucristo. Y esta cosa tan alta, que es conocimiento de Dios, no se alcanza sin esta otra que parece baja, que es conocerse á sí mismo. Ninguno, seguramente, miró á Dios si no se mira á sí mismo, ni es cosa segura volar alto sin tener hecho este contrapeso de propio conocimiento, que nos hace sentir bajamente de nosotros.

Entre las grandes mercedes de Dios, sabrosamente estarian mirando los discípulos al Señor cómo se subia á los cielos el dia de Asuncion: ya que les quitaba su conversacion aquel cuya conversacion no tiene amargura, hallaban consuelo con estar mirando el camino por do iba y el lugar do iba. Mas ¿qué les mandó hacer el Señor? Por cierto no que se estuviesen siempre mirando, los ojos al cielo, aunque parecia cosa justa; mas fuéles dicho: Varones de Galilea, ¿qué mirais al cielo? Dándonos á entender que, aunque mirar á Dios es cosa sabrosa, conviene tambien volver los ojos á mirar á nosotros: lo uno

para la reverencia que á Dios debemos, al cual hemos de mirar con vergüenza, teniéndonos por indignos de ello; lo otro porque cuando un hombre se olvida de sí, luego se engrie, y como no ve sus faltas, pierde el peso del temor santo y hácese liviano; como nao sin lastre, que pierde las áncoras en tiempo de tempestad, cuyo fin es ser llevada acá y acullá hasta ser perdida.

Nunca vi seguridad de ánima sino en el conocimiento de sí mismo. No hay edificio seguro si no es hecho sobre hondo cimiento. Y es tiempo muy bien empleado el que se gasta en reprehenderse á sí mismo. Cosa muy provechosa para nuestra enmienda examinar nuestros yerros. ¿Qué cosa es el hombre que no se conoce y examina, sino casa sin luz, hijo de viuda mal criado, que por no ser castigado se hace malo; medida sin medida y sin regla, y por eso es falsa; y finalmente, hombre sin hombre, pues quien no se conoce, ni se puede regir como hombre, ni se sabe ni se posee á sí mismo; y como sepa dar cuenta de otras cosas, de sí mismo no sabe parte ni arte? Estos son los que, olvidados de sí, tienen mucho cuidado de mirar vidas ajenas, y teniendo los ojos cerrados á sus defectos, tienen mas que cien ojos abiertos y velando por saber los ajenos. Estos son los que agravan y reagravan las faltas ajenas, y olvidan las suyas; porque como las ajenas sean de ellos mas de continuo y mas de cerca miradas, parecen mayores que las suyas, que las miran de léjos; y así, aunque grandes, parécenles pequeñas; de lo cual vienen á ser rigurosos y mal sufridos, porque como no miran su propia flaqueza, no han compasion de la ajena.

Nunca vi persona que se mirase, que no le fuese lijero sufrir cualquier falta ajena; y quien maltrata al que cae, testimonio da que no mira sus propias caidas: de manera que si queremos huir de esta ceguedad tan dañosa, conviénenos mirar y remirar lo que somos, para que viéndonos tan miserables, clamemos por el remedio al misericordioso Jesus, porque él se dice Jesus, que es salvador, no de otros, por cierto, sino de los que conocen sus propias miserias y las gimen; y reciben, ó no pudiendo, desean recibir los santos sacramentos, y así son curados y salvos; y aunque para conocer á nosotros mismos hayan hablado muchas y muchas cosas Dios y los santos; mas quien quisiere mirar lo que en sí mismo pasa, hallará tantas para desestimarse, que de espanto de su abismo diga: No tienen cabo mis males.

¿Quién hay que no haya errado en lo que mas quisiere acertar? Quién no ha pedido cosas, y aun buscádolas, pensando serle provechosas, que despues no haya visto que le han traido daño? Quién podrá presumir de saber, pues innumerables veces ha sido engañado? ¿Qué cosa mas ciega que quien aun no sabe lo que ha de pedir á Dios, como dice S. Pablo? Y esto es porque no sabemos lo que nos cumple, como acaeció al mismo S. Pablo, que pidiendo á Dios le quitase un trabajo, pensando que pedia bien, le fué dado á entender que no sabía lo que pedia ni lo que le cumplia. ¿Quién se fiará de su deseo y parecer, pues aquel en quien moraba el Espíritu Santo pide lo que no le cumple alcanzar? Grande por cierto es nuestra ignorancia, pues innumerables veces erramos en lo que mas nos conviene acertar; y ya que una vez Dios nos enseñe lo bueno, ¿quién no verá cuán flaca es nuestra flaqueza, y cómo damos de rostro en lo que vemos que era razon que no cayéramos? ¿A quién no ha acaecido proponer muchas veces el bien, y no haberse caido y vencido en lo que pensó, mas verse en pié?

Hoy lloramos nuestros pecados con intencion de los evitar; y si estando las lágrimas en las mejillas se nos ofrece alguna ocasion, llorando porque caímos, hacemos de nuevo por qué llorar, recibiendo el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo con mucha vergüenza de los desacatos que le hemos hecho; y aun habiendo poco que lo tuvimos en nuestro pecho, nos acaece algunas veces por algun pecado echar su gracia de nos. ¡Qué caña tan vana, que á tantos vientos se muda! Ya alegre, ya triste, ya devoto, ya tibio, ya tiene deseo del cielo, ya del mundo é infierno, é ya aborrece, y luego ama lo aborrecido, vomita lo que comió, porque le hacia mal estómago, y luego tórnalo á comer, como si nunca lo hubiera vomitado. ¿Qué cosa puede haber mas de variedad de colores, que un hombre de esta manera? Qué imágen pueden pintar con tantas haces, con tantas lenguas como este hombre? Cuán de verdad dijo Job (*Cap.* 14, 7) que nunca el hombre está en un estado; y la causa es, porque al hombre le llaman ceniza, y á su vida viento.

Muy necio sería el que buscase reposo entre viento y ceniza: no pienso que habrá cosa mas espantable de mirar, si mirarlo pudiésemos, que ver cuántas formas toma un hombre en lo de dentro de sí en un solo dia; toda su vida es mudanza y flaqueza, y conviénele bien lo que la Escritura dice (*Eccles.*, 27): El necio mudable como luna. ¿Qué remedio ternémos? Por cierto conocernos por lunáticos. Y como en tiempos pasados llevaron un lunático á nuestro Señor Jesucristo para que lo curase, ir nosotros al mismo Jesus para que nos cure como á aquel curó. Aquel, dice la Escritura que lo atormentaba el espíritu malo, que ya lo echaba en el fuego, ya en el agua; y lo mismo acaece á nosotros: unas veces caemos en el fuego de avaricia, de ira, de concupiscencia; otras en agua de carnalidad, de tibieza y de malicia. Y si miramos cuántas deudas debemos á Dios de la vida pasada, cuán poca enmienda hay en la presente, dirémos, y con verdad: Rodeádome han dolores de muerte, y peligros de infierno me han cercado.

¡Oh peligro de infierno tan para temer! ¿Y quién es aquel que no mira con cien mil ojos no resbale en aquel hondo lago donde para siempre llore lo que aquí temporalmente rió? ¿Quién no endereza su camino, porque no le tomen por descaminado de todo el bien? ¿Dónde están los ojos de quien esto no mira, las orejas de quien esto no oye, el paladar de quien esto no gusta? Verdaderamente señal es de muerte no tener obras de vida. Nuestros pecados son muchos, nuestra flaqueza grande, nuestros enemigos fuertes, astutos y muchos, y que mal nos quieren; lo que en ello nos va es perder ó ganar á Dios para siempre; porque entre tantos peligros estamos seguros, y entre tantas llagas, sin dolor de ellas; porque no buscamos remedio ántes que nos anochezca y se cierren las puertas de nuestro remedio, cuando las doncellas locas dén voces, y les sea dicho: No os conozco.

Conozcamos pues y serémos conocidos de Dios; juzguémonos y condenémenos, y serémos absueltos por Dios; pongamos los ojos sobre nuestras faltas, y luego todo nos sobrará; consideremos nuestras miserias, y aprenderémos á ser piadosos en las ajenas; porque, segun la Escritura divina dice, de lo que hay en tí aprenderás lo que hay en tu prójimo. Si yo me veo caer algunas veces por flaqueza, pensaré tambien que así puede acaecer á mi prójimo; y como quiero que me sean piadosos en mi yerro, helo de ser en el ajeno. Cuando me enseñan mis mayores un disfavor, y me da pena, he de pensar que así lo sienten los sujetos á mí, conmigo. Si tengo tristeza, quiero ser consolado; así lo quiere el prójimo. Siento una mala palabra que me dicen, porque digo que soy carne, y no de hierro; eso me prueba que mi prójimo es de carne tambien, y se siente; pésanme las condiciones ajenas y túrbanme, y querria que las enmendasen, porque no me fuesen ocasion de pecar.

Esto mismo quieren mis prójimos: de un metal somos todos, y no hay regla mejor para mi prójimo, que mirar bien lo que pasa en mí, pues él y yo somos uno. Quien esta misericordia tiene con su prójimo, seguramente se puede llegar al conocimiento de Cristo, y será de él remediado; porque los misericordiosos alcanzarán misericordia; mas de otra manera, oirá lo que la Escritura divina dice (*Prov.* 21): Quien cerrare la oreja á la voz del pobre, llamará él, y no será oido. Pobre es todo hombre, y no hay quien no tenga alguna necesidad; miremos bien, si nos hacemos sordos á ella, que así se hará Dios á las nuestras; ni piense nadie que le medirá Cristo con otra medida, que con la que él á su prójimo mide. No piense alcanzar perdon quien no da perdon; desgracia hallará el desgraciado, y pesadumbre el pesado, é injuria el injuriador, y caridad el caritativo; porque sembrar espinas en el prójimo, y querer coger de Dios higos, no es, cierto, posible.

Y porque muchos no miran esto, hay pocos que suavemente sean tratados de Dios, y muchos quejosos que Dios se olvida en remediar sus penas; y maravíllanse cómo Dios les envia trabajos de dentro y de fuera, mayormente llamándose misericordioso y hacedor de misericordias, y convidándose á los hombres á que vayan á pedir á él socorro en sus fatigas: llaman, piden y buscan, y no hallan remedio, y de ahí les viene la queja; mas si no fuesen sordos á la ley santa que Dios nuestro Señor en su Evangelio tiene publicada diciendo: Con la misma medida que midiéredes seréis medidos; verian claro que ellos son los que faltan á sus prójimos, y faltan á Dios en ellos, y por eso les parece que falta á ellos. Quéjense de sí, que no tienen caridad con su prójimo; que Dios muy mucha tiene, y no es razon, ni quiere hacerla con quien con su prójimo no la hiciere. Y si alguna vez él da bienes temporales al que es malo contra sus prójimos, ¿qué aprovecha al malo tener otros bienes, si á él se tiene perdido? Mas cosa, como dicen, que le entre en provecho, no le darán sino con condicion que él sea el que debe con su prójimo.

Conozcamos pues y seamos con otros, cuales queremos que con nosotros sean, y pasemos de nos á Dios, del Santa al *Sancta Sanctorum*, y alcemos los ojos al Señor puesto en cruz por nuestra salud, y en él verémos tantos y mas bienes que en nos vivos males. E si mirando á nosotros nos entristecemos considerando nuestros grandes pecados pasados y peligros venideros, mirando á él nos alegrarémos considerando cuán de verdad y con cuánta sobra pagó lo que debiamos, y nos ganó fuerzas para ser mas fuertes que nuestros enemigos: él nos asegurará de nuestros peligros, con condicion que nos arrimemos á él. ¿Que temerá, Señor, quien te sigue? ¿De qué se espantará quien te ama? ¿Quién podrá empeçer á quien te tomare por defendedor? ¿O cómo podrá el demonio llevar á quien está en tí incorporado? O cómo dejará de amar el Padre eterno al que ve estar en su Hijo como sarmiento en la vid? O cómo no amará el Hijo al que ve que lo ama á él? ¿Y cómo desamparará el Espíritu Santo al que es templo suyo?

Mayores bienes tenemos en Cristo, que en nosotros males; mas hay por qué esperar mirando á él, que por qué desconfiar mirando á nosotros; ni hay otro consuelo ni arrimo para quien de sí está desconsolado, sino mirar á este Jesus en la cruz, al cual puso Dios por remedio de todos los heridos de bocados de serpientes espirituales. Y como en otro tiempo mandó poner una serpiente de metal, para que todo hombre que mirase en ella fuese sano de la mordedura de las víboras corporales, quien á él mirare con fe y amor, vive; quien no lo mirare, de verdad morirá. Quien se siente llagado y entristecido, mire aquí y alegrarse ha, como hacia David cuando dice (*Salm.* 41): En mí mismo mi ánima fué conturbada; por tanto me acordaré de tí, de la tierra de Jordan y Hermon, y del monte Pequeño.

Quien á sí se mira y ve tantas abominaciones, túrbase muy de verdad; y no hallando hora bien gastada en toda su vida, ve sus males muchos y grandes, y sus bienes pocos y flacos. ¿Qué hará sino turbarse quien delante de juez tan estrecho tiene mala cuenta, que acordándose de Cristo, mirando lo que obró en la tierra de Jordan y monte Pequeño, y gimiendo sus males, y recibiendo los santos Sacramentos, viviendo en obediencia de los mandamientos de Dios y de su Iglesia, ose esperar como hijo la herencia del cielo; y tambien se acuerda de lo que obró el Señor en los montes de Hermon, que son muchos, y en el monte Pequeño, el cual agora sea Oreb, donde Dios dió la ley, agora otro monte? Poco nos va á los cristianos, á los cuales Jesucristo nos abrió el sentido para entender las Escrituras; y aquel las entiende que en ellas entiende á Cristo, el cual está en ellas encerrado como grano en espiga, y como el vino en la uva; y por tanto, el fin de la ley es Cristo, porque toda ella va á parar á él.

Los montes de Hermon, así fuera de tierra de promision, como en ella y en el monte Pequeño, aun monte significan, que se puede decir con razon de Hermon y Pequeño; este es el monte Calvario, donde nuestra redencion fué obrada por el derramamiento de la sangre del Hijo de Dios. Y para que sepamos cuán bien le conviene el nombre, es de saber que Hermon quiere decir maldicion, pues que mejor se puede decir Calvario, que por nombre de maldicion, pues era el lugar do llevaban á justiciar á los malos, que llama la Escritura malditos por ser castigados. Y porque Cristo vió que nosotros estábamos malditos por nuestros pecados, y condenados á maldiciones eternas, quiso por su inmensa caridad tomar él nuestras maldiciones sobre sí, quiero decir, el castigo de nuestros pecados, para que viniese su bendicion sobre nosotros; y esto dice S. Pablo de esta manera: Cristo fué hecho por nosotros maldicion, para que la bendicion viniese sobre las gentes. El era bendito, nosotros malditos; trocámos personas, tomó él el lugar de maldito, que era el tormento de cruz que se debia á nosotros, y tomamos nosotros la amistad de Dios y el ser hijos suyos y herederos del cielo, con otras mil bendiciones que eran de Jesucristo bendito, y en el cual siempre moran. ¡Oh maravilloso trueque, que la vida muera, para que la

muerte viva! La bendicion es maldita, para que la maldicion sea bendita: es herido el sano, para que sane el enfermo: el Hijo como esclavo tratado, y el mal esclavo es adoptado por hijo: tratan cruelmente al que merece misericordia, y cae el buen tratamiento y regalo sobre quien merece el infierno.

¿Qué dirémos? Prenden al que no hizo por qué, y sueltan al culpado: paga el justo por los pecadores, y la ignorancia es condenada, y el culpado justificado; que escogió Cristo los trabajos nuestros, y danos de sus descansos. ¿Qué dirémos á tal caridad, sino de dia y de noche bendecir á este Señor, que tanto á su costa obró nuestra salud y remedio? Este es verdaderamente el monte de Hermon é monte Pequeño, y tan de verdad, que fué estimado (como dice Isaías, *cap.* 53) por el mas bajo de los hombres. Por lo cual el mismo Señor dice (*Salm.* 21): Gusano soy, y no hombre; deshonra de hombre y abatimiento del pueblo. ¡Oh honra de hombres y ángeles, y cómo eres de hombres, ensalzamiento del pueblo, del cielo y del suelo! ¿Quién te hizo abatimiento del pueblo, sino tu gran caridad, que por honrarnos sufriste tantas deshonras? Que como dicen á uno muy inhabilitado que deshonra á su linaje, así decian de tí que deshonrabas al linaje humano.

Bendito seas sin fin, que toda la honra que todo el linaje de los hombres tiene es de tí y por tí, la cual le diste juntándote con ellos, haciéndote hombre y muriendo por el hombre; y ensalzarlos tanto á ser iguales ángeles y aun serafines si quieren serlo, y que de hijos del pecador Adan sean hechos hijos de Dios y herederos del Padre, juntamente herederos contigo y hermanos tuyos; y eres, Señor, llamado deshonra y abatimiento del pueblo. Abatístete, Señor, para ensalzarnos, y abatístete mas que todos los hombres juntos, para que fuésemos ensalzados sobre los ángeles. ¿Que te darémos, Señor, por tantas mercedes, sino conocer entrañablemente que por tí tenemos y valemos y somos agradables á Dios, y darte gracias y alabanzas porque un tal como tú por unos tales como nosotros te ofreciste á padecer tantos trabajos? Apocástete en el monte Pequeño, para ensalzarnos en el monte grande. Moriste en el monte, para que viviésemos en el monte del cielo. Y por la maldicion que allí cayó sobre tí, nos ganaste y darás aquella bienaventurada bendicion tuya: Venid, benditos de mi Padre, y poseed el reino que os está aparejado. A tí, Señor, maldijeron, y tú nos has de bendecir. Tú ser muerto por darnos vida; tu trabajo nos ha de dar descanso. Pues que fuiste juzgado, es razon que seas juez.

Alegrémonos pues, muy ilustre señor, que quien tanto nos ama ha de ser nuestro juez, y seguramente irémos á juicio, siendo el juez nuestra carne y sangre. Si no sabemos lo que habemos de hacer para agradar á Dios, miremos á Cristo, y él nos enseñará en la cruz la mansedumbre, que aun con los males no maldice á quien le maldice, no se venga, aunque puede, de quien mal le hace. Desprecia la honra, la riqueza, el regalo. El, por obedecer la voluntad del Padre, se pone á riesgo de cruz. Quien no sabe ciencia, venga á oir este Maestro sentado en su cátedra. Quien quiere oir buen sermon, oiga á Cristo en el púlpito de la cruz, y será libre de errores, porque la verdad, que es él, lo librará. Y si somos mudables y flacos en el obrar, miremos al autor de nuestra fe cuán clavado está en la cruz de piés y de manos, y tan sin se mover, para hacernos á nosotros por su gracia firmes en el bien y perseverantes.

Quien á Cristo va á que le cure del mal de la mudanza, darle ha él una firmeza como á Ana, madre de Samuel, de la cual se dice que su rostro no se mudó mas en cosas diversas. Quien en Cristo está, no se anda acá ni acullá, mas está firme en el bien; segun dice la Escritura, que está firme como el sol, cuya luz no se mengua; porque quien en Cristo está, participa de Cristo. Y así como Cristo es justo, así él es justo, aunque no tanto. Cristo firme, él tambien; porque, así como en un cuerpo no hay mas de un espíritu que se derrama por todos los miembros, y todos viven una vida humana, y no una vida de hombre y otra vida de leon ó de otro animal; así todos los que están en Cristo viven del espíritu de Cristo, como el sarmiento de la vid, y los miembros de la cabeza. Y quien este espíritu tiene, es semejable á Cristo y de las condiciones de Cristo, aunque, como he dicho, no en tanto grado como Cristo. Y quien no tiene espíritu de Cristo, oiga á S. Pablo, que dice (*ad Rom.*, 8): Si alguno no tiene el espíritu de Cristo, este no es de Cristo. Mírese pues y remírese el hombre si tiene dentro de sí conformidad con Cristo, y así lijero le será guardar las palabras de Cristo, pues tiene dentro su condicion; y si no váyase á Cristo, y pídale su espíritu, con el cual sea hecho firme, como lo pedia David (*Salm.* 50): Con el espíritu principal confírmame. Porque poco me aprovechará haber venido Cristo al mundo, si no ha venido á mi corazon. Cristo trajo consigo bondad, paz, gozo en el Espíritu Santo, con otros muchos bienes. Si yo vivo en maldad, guerra y tristeza y malos deleites, no mora Cristo en mi ánima, y tanto será para mí, como no haber venido al mundo, salvo para mi mal; porque seré mas castigado por no haber querido recibir la salud que tan de buena gana me ofrecian. Cristo por todos murió y á todos quiere recibir; vamos á él siquiera por darle placer, y no dejemos que tantos trabajos y tan preciosos vayan sin fruto. El precio de ellos nuestras ánimas son, si las llevamos á Cristo: derribémonos á sus piés, condenando nuestras maldades y mala vida pasada, desconfiando de nuestro poder y saber y valer, y perseverando en pedir, buscar y llamar: henchirnos de fuerzas para obrar, y de saber para acertar, y de perseverancia para no faltar, segun está escrito (*Isai.*, 40): Los que confían en el Señor, mudarán la fortaleza, tomarán alas, como águilas volarán, y no faltarán. Y pues en Cristo hay mas bienes que en nosotros males, vamos á él, conociéndole por nuestro remedio, porque así no desesperemos por nuestros males, mas nos gocemos en sus muchos bienes.

Esto me parece, muy ilustre señor, que bastaba para comienzo de una persona que se quiere llegar á Dios. Mas porque en vuestra Señoría hay dos personas, tiene necesidad de dos reglas. En cuanto es persona particular, basta lo dicho. En cuanto es persona que tiene cargo de tantos, es necesario que mas y mas mire por sí; porque muchos hay que, cuanto toca á su conciencia particularmente, son buenos, y faltan en ser buenos señores, porque lo segundo es mas dificultoso, y obra como de persona acabada. Y fúndase sobre la primera bondad, y pasa mas adelante. Quien para sí mismo no es justo, no lo será para cuanto toca á los otros. Mas no basta ser justo para cuanto toca á su sola persona quien tiene cargo de

otros. Bueno era Helí en cuanto á su persona; mas no era bueno en cuanto á sus hijos, pues los dejó de castigar, y fué él gravemente castigado de Dios: de manera que bondad doblada han menester los señores, pues tienen la persona doblada: en cuanto á esto segundo, que es ser persona de todos, parece que otro espejo no hay mejor en que el señor de otros se mire, que es en el Señor de hombres y ángeles, cuya persona representa. El que en lugar de otro está, razon es que tenga las condiciones de aquel cuyo lugar tiene.

El señor de vasallos, lugarteniente es de Dios, el cual ordena que haya en la tierra buenos que rijan y manden, y otros que obedezcan. Y quien á estos resiste, dice San Pablo (*ad Rom.*, 13 *et* 8), á la ordenacion de Dios resiste, el cual dejó todas las cosas debajo de órden. Pues mire el hombre qué es el oficio de Dios para con el hombre, y sabrá ser él señor para con sus hombres. Dios castiga á quien yerra, sin exceptuar persona alguna, y tan de verdad, que ninguno tiene él tan privado, que si hace por qué, no se lo pague muy bien pagado; y aun á su propio Hijo no perdonó, no debiendo cosa alguna, mas porque se obligó á pagar pecados ajenos. Muy léjos está, por cierto, de acetar personas quien á su Hijo unigénito, y tal Hijo y tan amado, castiga, y tan recio, y por pecados ajenos. Ninguna cosa ha de inclinar al que rige, para dejar de hacer lo que debe, mas estar derecho como la lengua del peso, que ni acá ni acullá se acuesta, para que lleve cada uno lo suyo. Toda la república iria perdida y errada, si las cosas públicas se torciesen por afecciones particulares; y en aquel punto una persona deja de ser pública, cuando se acuesta á la particular. Y pues que el propio provecho no ha de torcer al que rige, cuánto ménos por el ajeno, pues á ninguno debe tanto como á sí. Cristo dechado es de todos, no solo cuanto toca á la conciencia particular, mas aun cuanto toca á ser persona pública; porque él fué Rey y es, aunque no á la hechura de este mundo; mas estando en la silla de la cruz dijo á su Madre: Mujer, ves ahí á tu Hijo; para dar á entender que quien está en silla de persona pública, ha de renunciar todo particular amor, aunque de su propia madre sea. Y este ejemplo nos dió él cuando algunas veces respondia ásperamente á su Madre bendita, para decirnos cuánto nos debemos guardar de nuestras particulares afecciones, aunque otros se enojen; y nosotros suframos alguna pena, ántes que, siguiéndolas, descontentar á Dios.

No hay cosa en que tanto los señores deban mirar para estar bien con Dios y con los hombres, cuanto, de verdad y delante de Dios, y que salga de corazon, estar siempre en el fiel, sin acostar acá ni acullá; y esto hará lijeramente el señor que pensare que no es sino ministro de Dios, y como un mero ejecutor, que no puede hacer mas de la comision que le dieron: no para hacer ni deshacer pone Dios á los señores, mas para ejecutar las leyes de Dios y de su santa voluntad. Y si se dicen señores, son debajo de universal Señor, en cuya comparacion son tan vasallos como sus vasallos, y tienen tan limitado el poder como ellos, cuanto toca á torcer de lo que debe hacer. Aquel será pues mas favorecido y querido, que mas justicia tuviere; y mas castigado á quien mas lo mereciere. Y en esto parecerá el señor al verdadero Señor, que sin acetar personas da á cada uno segun sus obras, y algunas veces castiga mas á los mas privados, porque era razon que ménos le ofendiesen, y porque no piensen que por ser amados han de tomar ocasion de hacer lo que quisieren y lo que no es razon. Tanto debe durar la amistad cuanto la bondad, y la enemistad cuanto la maldad; porque de otra manera, ¡ay de los que dicen al bien mal, y al mal bien!

Debe tambien vuestra Señoría mirar cómo le puso Dios con ojos de muchos; que aquellos tienen por regla lo que ven á él hacer: haga cuenta que está puesto en alto, y que habla, y vestidos son de todos mirados, de los mas son seguidos. Si un traje se trae en palacio, si una habla se usa, aquello procuran todos de usar. Y si se usase entre señores á quien les da una bofetada, parar el otro carrillo, y aborrecer los pecados, y tener por grandeza el obedecer las leyes de Cristo, sin duda los bajos tendrian por honra hacer lo que ven hacer á los altos; y por tanto creo que de las mas ánimas que se pierden, son causa prelados de Iglesia y señores del mundo. Mírese vuestra Señoría con cien ojos en cuanto persona particular, y con cien mil por ser persona á la cual miran muchos, y se han de ir tras de ella; y tenga su persona y casa tan concertada como la ley de Cristo quiere; porque quien quisiere imitarla, imite á Cristo, y que no halle cosa en que tropezar. El pueblo sin falta es como mona: miren los mayores lo que hacen; que aquello ha de ser seguido, ó para la salvacion de ellos, si buen ejemplo dan, ó para su condenacion, si malo. Y esto solo debria bastar para que los señores viviesen como unos santos, aunque les fuese trabajo, mirando cómo el Hijo de Dios, Señor nuestro, no quiso ser Rey, sino con sus trabajos dar descanso á sus súbditos; y huyó de prosperidades y honras por no dar ocasion de pecar á los suyos, los cuales pensarian que, pues él las seguia, ellos las debian buscar. Todo es barato por hacer que Dios sea servido. Y sea la final conclusion, que cuanto uno mas mirare é imitare á Jesucristo, tanto será mejor hombre y mejor señor; porque en él comencemos y acabemos.

CARTA II.

A un señor de estos reinos: cómo se ha de aprovechar de la cuaresma para sentir la Semana Santa y remedio de la penitencia.

Muy ilustre Señor: vuestra Señoría sea venido enhorabuena á su casa; que así lo creo yo que será, porque lo ménos bien del propio rincon, es mas bien que lo mejor de la corte. No quisiera que tiempo tan santo como entre manos tenemos, se celebrara donde tan mal se podia celebrar. Y por eso nuestro Señor le trajo á su reposo, para que con él piense de espacio los grandes misterios que en estos dias acaecieron. Alímpiese vuestra Señoría para con limpio corazon comer del Cordero, no ya en figura, mas en verdad; no ya temporal, mas eterno; no hijo de oveja, mas Hijo de Dios en el cielo, y de Vírgen en la tierra. Razon es que este Cordero, aunque es dulce, se coma con lechugas amargas; porque nuestra es la culpa del sinsabor que tenemos, que no de él. Nosotros hicimos cosas para que sea menester arrepentir y llorar; que Dios todo es dulce y fuente de agua muy sabrosa. Mas ya que no tuvimos seso para mirar que no nos ha hecho Dios obras para le enojar, tengámoslo para tener enojo nosotros de lo que dímos á él.

¡Oh Señor, y qué amarga cosa es haber pecado, y cuán presto se hace llaga en el ánima, y cuánto tarda en ella el arrepentimiento! Cuántas lágrimas hace derramar! cuánto quebrantamiento del corazon! cuán terribles tor-

mentos, viendo que el ofendido es omnipotente para castigar, y que todo se hace delante de sus ojos para no ignorar cosa, y que aborrece tanto el pecado, que ninguna amistad hay tan firme con Dios, que si el pecado entra en medio, no baste á la deshacer! Gran dolor es, señor, haber pecado, y espina es que nunca sale miéntras en esta vida un hombre viviere; porque, si no sabe que le está perdonado, ¿qué lugar tendrá el corazon de alegría, que sabe estar sentenciado para el infierno por los pecados que ha hecho, y no sabe estarle revocada la sentencia? ¿Cómo se alegrará quien no sabe si la misericordia que ha pedido se le ha concedido por falta de él, no sabiendo pedir como Dios quiere, y no por falta de Dios, que á los que verdaderamente se convierten á él, muy de verdad los perdona?

En pecando Adan y Eva, luego se escondieron y temieron la voz de Dios. Y en pecando un hombre, luego viene en temor, que quiera ó no. Y si alguna vez quiere la bondad de Dios quitar este temor, y con secretas inspiraciones y con caricias alegrar al hombre, dándole á entender por algunas señales que está perdonado, diciéndole: Tus pecados te son perdonados, véte en paz; que es lo que mas deseaba, diciendo (*Salm.* 50): A mi oido dará gozo y alegría, y gozarse han los huesos humillados; quitarse ha entónces el temor, mas no el dolor; y no solo no se quita, mas acreciéntase. Porque viendo la bondad del Señor que con él usa en le perdonar, mereciendo castigo eterno, enciéndese todo en amor el que tanto conoce deber. Y de este mayor amor nace mayor dolor; porque, así como la sombra sigue al cuerpo, así el dolor de la ofensa viene del amor del ofendido, y crece con él, y descrece con él; porque viéndose uno mas amado, mas ama; y miéntras mas ama, mas le desplace haber ofendido á quien ama. De ahí es que, aunque sepamos ser perdonados, no debemos dejar de tener dolor, si del todo no queremos ser tan muertos al amor que Dios nos tiene, que con ninguna cosa le respondamos.

Comamos pues, señor, lechugas amargas ahora, para que en la semana del Cordero por nos amargado podamos tomar parte de sus amarguras, y recibiéndole en nuestras entrañas, sentir alguna cosita de sus dolores; porque quien no llora sus propias amarguras que á Dios dió pecando, ¿cómo llorará las que los otros le dieron cuando le crucificaron? Y por eso la santa Iglesia nos da esta cuaresma de término para deshacer con penitencia los malos tratos que entre año hemos hecho, llorando de lo que nos reímos, contradiciendo lo que abrazámos, pareciéndonos mal lo que ántes nos agradó, para que así, quitados los pecados de en medio, vengamos á tomar parte de las penas que nuestro Señor pasó; lo cual es de amigos, y no de enemigos. Y si vuestra Señoría pregunta: ¿qué pensaré para que me dé gana de llorar mis pecados? Dígole yo que lo principal sea, que por lo que él hizo mataron á su Padre, que es Cristo. No sé yo qué hijo habria que por una cosa que hubiese hecho viniese tanto mal á su padre, que le quitasen la hacienda y casa y la ropa, dejándole desnudo en camisa, despues le deshonrasen, disfamasen con extremo abatimiento; y no parase en esto el negocio, mas le azotasen y atormentasen, y despues matasen, y todo esto por lo que el hijo hizo; no sería el hijo tan malo, por malo que fuese, que no le penase en el corazon lo que habia hecho, pues pudiera lijeramente excusar donde tanto mal le vino á su padre.

Dígame, señor, ¿quién empobreció á Cristo? quién lo cansó? quién lo deshonró? quién lo azotó? quién lo corrió y crucificó? ¿Por ventura hízolo otro que nuestro pecado? Yo le afligí y entristecí con mis malos placeres; yo le deshonré por ensalzarme malamente: los deleites que yo en mi cuerpo tomé, le pararon tal á él su cuerpo atado á una dura coluna; y porque yo quise vivir vida mala, perdió él su vida buena. Pues ¿cómo tendrémos alegría habiéndose hecho tan mala obra á quien tantas buenas nos hizo? ¿Por qué toda criatura no habia de vengar los males que contra el Criador hicimos? No se puede echar, señor, mas carga ni mayor sobre nuestros hombros para hacernos llorar y aborrecer los pecados, que decirnos que padeció Cristo por ellos lo que padeció. No hay cosa que así nos humille y nos haga estimarnos en poco, como saber que fuímos causa de la muerte de nuestro Señor. ¡Oh quién lo supiera ántes que hubiera pecado, para morir ántes que pecar! Pensaba el hijuelo que no hizo nada en lo que hacia. Despues vino á pesar tanto, que el mismo Dios se puso en la cruz por el contrapeso que el pecado hacia; ¿cómo podemos mirar al Padre que nosotros pusimos por nuestras locuras en tan grandes trabajos? ¿Y cómo este Padre nos quiere mirar, y no nos aborrece, deshonradores de él y verdaderos patricidas, y que merecen no cualesquier tormentos, mas muy crueles?

¡Oh divinal bondad, y hasta dónde llegas! Espantámonos que estando en la cruz rogaste por quien en ella te puso, y deseaste el bien de quien tantos males te hacia. Yo digo que no solo con aquellos te mostraste benigno, mas con todos los del mundo hiciste lo que con aquellos. Porque, si por los que te crucificaron rogaste, todos te crucificamos; y aquellos pocos y todos te debemos aquella oracion, y quizá algunos mas que los ignorantes sayones que presentes allí estaban crucificándote. Todos, Señor, conspirámos en tu muerte, y á todos conviene lo que dices, que no saben lo que hacen. ¿Quién, Señor, tan mal te quisiera, que si supiera que el fruto de sus malos placeres tan caro habian de costar á tu real Majestad, no reventara ántes que ponerte en aprieto tan grande? Perdona, Señor, perdona; que no supimos lo que hicimos; y ahora que nos lo has declarado, enseñándonos en tu santa Iglesia que por pecados moriste, y que lo que burlando yo hice, tú lo pagas tan de véras, ¿qué será si á sabiendas reiteramos la causa de tu muerte penosa? No es razon, Señor, que queramos bien á quien nuestro Padre mató; y pues los pecados le mataron, aborrecellos tenemos si te amamos á tí. David dice (*Salm.* 96): Los que amais al Señor aborreced la maldad; y tiene razon, porque pecado y Dios bandos son contrarios, que es imposible contentar á entrambos.

Escoja el hombre de cualquier sér; que es imposible al hombre ser de entrambos, porque cualquiera de ellos quiere servidores leales, y que mueran por ellos (*Hier.*, c. 2): ¿Qué escogerémos, Señor? ¿El cieno de los aljibes rotos, ó la vena de las aguas vivas? Señor, ¿qué escogeros de buscar privanzas de criaturas ú de Criador? ¿Qué, en fin, arder con los demonios en el infierno, ó reinar con Dios en el cielo? (*Salm.*, 4). ¡Oh hijos de Adan, hasta cuándo seréis de corazon pesado! Y convidándonos con la verdad, que para siempre ha de durar y hace durar á los de su bando, ¿quereis seguir la vanidad, que hace parar en nada á los de su bando? ¿Hasta

cuándo coxquearéis á una parte y á otra, y ya siendo de un bando, ya siendo de otro? Seguid el uno, y sea el de Dios; porque él solo basta hacer dichosos á los que le sirven. Ya Cristo ha muerto al pecado: ¿por qué seguis bando de muerto, y quereis dar vida á vuestro capital enemigo?

No ameis al pecado, y no vivirá; mas trabajad de lo deshacer con dolor y penitencia, para que se deshaga el que hicistes amándolo. Sacadlo afuera para que sea juzgado, reprehendido y condenado, lo cual se hace cuando lo confesamos; y de ahí adelante tenedlo por capital enemigo, trabajando por lo contradecir, estorbándolo do quiera que pudiérédes, que no ose parecer delante vosotros; porque el amador de Dios, si tiene entrañable aborrecimiento al pecado, trabaja por lo alanzar de sí y de los otros, deseando que la honra de Dios vaya siempre delante, y que en todos reinase él, pues á todos crió y por todos murió.

Esto, M. Illmo. Señor, he acordado á vuestra Señoría para cumplir con la fidelidad que le debo, y por eso le aviso se guarde de este traidor enemigo de Dios, haciéndole saber que si con Dios quiere privar, otro medio ni remedio no hay sino hacerse muy entrañable enemigo de todo pecado; y porque este aborrecimiento es dádiva de nuestro Señor, hásele de pedir muy de corazon y con mucha humildad y fe; y hase de buscar con buenas obras, y ayunando y rezando, y dando limosnas, y satisfaciendo lo que debemos, porque quitemos los estorbos al Espíritu Santo, mirando por la justicia de sus vasallos, sin inclinarse á una parte ni á otra; mas, así como es lugarteniente de Dios para con ellos, así sea semejable á Dios en el tratamiento, en aparejarse á sufrir mas que á ser sufrido, y no torcer por pasion alguna, como Dios no tuerce.

Que razon es que quien está á la silla de uno sea semejable á él; y pues en la honra tiene lugar de nuestro Señor, téngalo en la carga, téngalo en el celo del bien comun. Ninguno hay, por chico que sea, que no sienta provecho y consuelo de tener tal Señor, como ninguno hay en el mundo que no sienta provecho de Dios. Es el Señor con el pueblo como el ánima con el cuerpo; hálo de consolar, avivar, calentar, sustentar y entrañablemente amar, y sentir mucho lo que al pueblo acaece, como siente el ánima lo que al cuerpo se hace, para que, siendo semejable al Señor Jesucristo, que buscó el bien de los suyos, aunque con trabajo y pérdida propia, vaya á reinar con él para siempre adonde dé por bien empleados los trabajos que acá hubiere pasado.

CARTA III.

A un señor de estos reinos, consolándole en su enfermedad, y como es merced de Dios.

Sabido he que está vuestra Señoría mal dispuesto; y no sé si me pene ó si me goce; porque me parece haber causa para lo uno y para lo otro. Si á su cuerpo miro, compasion le tengo; porque es grave género de padecer el estar enfermo; si á su ánima, no puedo sino gozarme; porque confío de nuestro Señor que esta corporal molestia es para mucho bien de ella. Resta por una parte me pena su pena, y por otra me alegro de su ganancia; y cuanto mas vale ánima que cuerpo, tanto es mayor el gozo de su bien, que la pena de la enfermedad del cuerpo. Trabájese vuestra Señoría de entender á Dios, cuyas obras son palabras; porque la Escritura dice (*Proverb.* 14) que es acepto á su señor el siervo que entiende; y la experiencia declara que cosa es molesta al señor la torpeza del criado que entiende uno por otro, cuánto mas si entiende lo contrario de lo que le dicen. Jesucristo quiere salvar esa su ánima muy de verdad. Y esto no es mucho que se crea, pues que las llagas y muerte que por ella pasó dicen á voces que la ama; y no ama y desampara, sino quiere hacer mucho bien á quien ama; porque su amor cosa fecunda es, y no estéril. Y queriéndola salvar, le solicita por muchas maneras esta salvacion; muchas de las cuales serán á vuestra Señoría notas, pues sabe las inspiraciones, las ocasiones que para su bien Dios le ha procurado, y otras no entenderá por ser encubiertas ó por no mirar él en ellas.

¡Es posible que todavía vuestra Señoría se haga sordo, y sea la dureza tal que con tanta blandura no se ablande, y que haya hecho olvidar los buenos propósitos que Cristo le ha dado! Y como, segun la palabra del Apóstol (*ad Ephes.*, 2), Dios sea rico en misericordia, añade él bondad y mercedes, aunque hayamos destrozado las que nos ha hecho; y ponemos casa y caudal de nuevo, aunque jugámos y perdímos lo que primero nos dió; y inmenso es Dios y de su propia naturaleza dadivoso, sufridor y de mucha misericordia, y nunca el hacer bien le pudo ahitar. Muy grande es la sed que tiene de nuestro bien (porque es él bueno), mayor mucho que la que el mas codicioso hombre pudo tener de su bien é interese propio; y por esto torna de nuevo á acordar á vuestra Señoría lo que muchas veces le ha dicho, que le quiera tomar por padre, y él le tomará por hijo; que quiere tratar con él, y que él se holgará de ello, y que todo el provecho será de vuestra Señoría; porque Dios no quiere mas de gozarse de nuestro bien, porque nos ama, y porque hay algunos hombres pesados para ir á Dios á gozar de él; y él en todo caso quiere que vayan tras de él por diversos medios, hasta que los cansa y experimenten que fuera de él no hay sino angustias, desmayos y perdicion. Dales amarguras muy vivas, que con ningun dinero, estado, favor y miedo se pueden quitar, para que, probando lo amargo de todo lo criado y la falta y poquedad de ello, resurtan de ello, y vayan á gozar del Señor, que es todo suave; como niño herido corre á los pechos de su madre; y cuando no lo era andaba léjos de ella, y quizá con peligro.

Tenga vuestra Señoría por cierto que esto que le envia es mensaje de amor y de paz, aunque parece cruel guerra y azote; y que, como á pece grande, le trae rio abajo y rio arriba hasta cansarle; que su padre es, y no se deleita con verle padecer, sino para que, viéndose cansado, se vaya á Jesucristo á descansar, y sea de él recibido con brazos abiertos; y entónces dirá Cristo: Porque gozases de este abracijo te envié aquel azote; y por sanarte en lo mas, te herí en lo que es ménos; y por medio de lo que parece ira, te he hecho participante en mi misericordia.

Este es el fin de la vara del castigo de Dios; y mirando este fin tan rico y suave, sufrámos lo amargo del medio; que Ester besó el cabo de la vara que el rey Asuero tenia en la mano. Agradezca vuestra Señoría á Jesucristo nuestro Señor este trabajo, y sepa aprovecharse de él, mirando lo que la Escritura dice: Hijo, no te desmayes ni desprecies en tu enfermedad; mas ora al Señor, y cu-